

# EL ISLEÑO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta y Librería de Gelabert.—MAHON.—D. Matias Mascaro.—IVIZA.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

## SECCION LITERARIA.

### PEDRO Y MARIA.

#### LEYENDA.

Hay en Francia un pequeño rincón donde jamás me he detenido; y del que nunca he partido sin decirme: Feliz el que pueda permanecer aquí para siempre!

Esta en la costa de Normandía, entre Honfleur y Trouville, en Villerville-Sur-Mer.

Detrás de ese pueblecillo encantador hay colinas llenas de ramaje que bajan en pliegues armoniosos hasta la bahía del Sena, que se abre y agranda precisamente en este punto, hasta los lejanos horizontes de la inmensidad. A vuestros pies encontraréis tan pronto la escarpada costa como un montecillo de verdura, y praderas, en fin, donde los bueyes se detienen inmóviles para escuchar la voz del Océano. A la derecha del río, que va estrechándose hasta el promontorio de Quilleboeuf, que cargado sin cesar de bruma apenas se distingue. En frente, a tres leguas de distancia, el Havre con sus mástiles, sus faros y sus columnas de humo. Mas allá del Havre esa encantadora costa de Ingouville, tan coquetamente adornada de casitas de campo medio escondidas entre los árboles, y que Casimiro Delavigne ha cantado como el primer punto de vista del mundo, hacia la izquierda, en fin la rada: después el mar.

Hará como unos diez años, poco más o menos que huyendo de la existencia demasiado pueril de Trouville, vine a instalarme en Villerville: por la vez primera tuve la apacible felicidad de vivir allí durante un mes como un verdadero aldeano, como un verdadero pescador.

Mi cuarto, o mas bien mi ermita, tenía las paredes blanqueadas con cal, gruesas vigas negras en el techo y el mueblaje mas rústico que imaginarse puede, y por único adorno un pequeño San Juan de cera bajo un globo de cristal y algunos de esos grabados impíamente iluminados con indigo y bermellón que decoran invariablemente todas las cabañas francesas. *El Judío Errante* con su canción de treinta y tres coplas, *Los Amores de Piramo y Tisbe*, *El joven Damon*, etc., etc.

Pero la ventana se abrió precisamente encima de la costa: además del magnífico panorama de la bahía cada marea baja me dejaba ver la alegre y animada pesca de almejas, practicada todos los días por tres o cuatrocientas villervillesas con gorros de algodón, mientras que los maridos, los padres y los hermanos cruzan al largo durante toda la semana con sus barcas pescadoras, volviendo los sábados por la tarde a encallar sobre la arena del pueblecillo humilde y pacífica escudrilla.

Todo esto estaba lleno de movimiento, de color, de bullicioso y de alegría.

Mi huésped se distinguía, sin embargo, algún tanto de lo que me rodeaba. Era una comadre alta y flaca, de unos cuarenta años, áspera y dispuesta a disputar, velando sin cesar con la mayor avaricia por sus caros intereses, despótica por avaricia, y en una palabra, mujer fea.

Pero pagando bien y adelantado, era yo una deidad para Cesarina. Para mí se volvían dulces su ronco acento y sus salvajes miradas. Tan pronto como mis pasos resonaban en la casa acudía enderezando su elevada talla y su frónico gesto: arreglaba con cierta coquetería su saya roja y su inevitable gorro de algodón y me sonreía como sonríe el araro a su telosoro. ¿Había mas que pedir? Además tenía dos hijos encantadores, un mocito de trece años escasos y una chica de un año menos que su hermano, rubios ambos, de ese color especial de Normandía, con grandes ojos azules llenos de ternura, y a veces de aliva voluntad. Seguramente que solo en esto se parecían a su señora madre.

En cuanto al dueño de la casa restábase me trabar conocimiento con él, porque era pescador, y según he dicho ya, los pescadores de Villerville no se presentan en la aldea sino el sábado por la noche, y vuelven al mar con la marea del lunes. Ahora bien yo habitaba la casa de Cesarina tan solo desde el jueves; pero llegó el domingo bien pronto y con él Pedro Aubert.

#### II.

Era un marinero de unos 35 años, pequeño, repleto, trigüño, con los cabellos cortados en cuadro sobre la frente y dos largos bucles que caían junto a los sienas por delante de las orejas, en las cuales brillaban dos anillos de oro con un áncora de marina en medio. Su rostro mediano y sus ojos tristes, su carácter silencioso y sus modales casi tímidos, sobre todo, delante de la terrible señora Aubert, su dulce y franca fisonomía me ganaron al momento. Sin embargo, en nuestra primera entrevista las circunstancias no me predispusieron a su favor: al contrario.

Sentado junto a la chimenea de la sala baja hablaba yo con Cesarina, que preparaba en aquel momento nuestra comida.

De pronto los dos chicos llegaron de la escuela a todo galope con sus libros bajo el brazo.

—¿Aquí está! exclamaron con voz sofocada. ¿Aquí está Pedro! Hemos visto su lancha desde la playa. Ahora estará desembarcando. Vamos a encontrarlo. ¿No es verdad, madre? ¿No es verdad?

—¿Para qué? dijo con acritud Cesarina. Es bastante grande para venir solo. Además os necesito. Idos al jardín a recoger lechugas para la ensalada; ¡Vamos!

A esta última palabra, mas que impetativa, los dos pobres niños desaparecieron de pronto como pájaros asustados. —¿Diablo! dije para mí. ¿Mi señor huésped será acaso mal padre y peor marido?

Algunos minutos después llegó. Como para corroborar aquella mala impresión, Cesarina no fué a su encuentro no le presentó la frente ni la mano, ni aun se dignó acogerle con una sonrisa. Se contentó con descolgar una pizarra de la pared, y lápiz en mano, dijo con seguedad: —¿Cuanto?

Pedro Aubert sacó de su chaqueta una bolsa gorda de cuero, y dio por día de la semana en un número su parte de pesca, cuyo producto en metálico depositaba sobre la mesa.

Entretanto, la rapaz Cesarina alineó en la pizarra sus groseras cifras, después las

sumó con detenimiento, y con mas detenimiento aun, fué contando la moneda hasta el último sueldo.

Felizmente, la cuenta era justa. Cesarina metió la suma en un tirador, lo cerró con llave, y se guardó esta en el bolsillo.

En el suyo encerró Pedro Aubert silenciosamente su bolsa de cuero, cuyo contenido acababa de entregar sin que la menor vacilación, el mas ligero pesaralterase su cachazuda docilidad.

—¡Iba a juzgarle mal, dije para mí al ver esta escena doméstica. Pedro es seguramente un buen marido.

En aquel instante los dos chicos hicieron su segunda irrupción, mas impetuosa aun que la primera. En cuanto llegaron (los pobres chicos debieron andar bien apurados), se arrojaron al cuello de Pedro Aubert con tanta espontaneidad, tanta alegría y tal ternura, que al instante añadí:

—Y es un excelente padre!

Pero cual fué mi asombro, cuando las dos voces infantiles, logrando al fin llegar desde el corazón a los labios, exclamaron a la vez:

—¡Buenos días, buenos días, tío Pedro.

¿No era mas que uno de aquellos niños? ¿No era marido de Cesarina? De parte de un hermano, y aun simplemente cuando tanta sumisión, tanta resignación y abnegación parecían mas notables aun.

Pero lo que mas singular me pareció fue el cariño enteramente paternal que Pedro Aubert demostraba a los chicos.

Los puso sobre sus rodillas, les sonreía, los besaba y acariciaba con tanto amor que contemplando ese cuadro me sentí verdaderamente conmovido.

Un momento se pasó así.

Después, y como si alguna antigua herida hubiera vuelto a abrirse en él, algún doloroso recuerdo, Pedro Aubert, palideció espantosamente... una lágrima rodó por su mejilla, se levantó, y aunque con voz siempre dulce, dijo separando a sus sobrinos:

—Idos a jugar a la playa; id, hijos míos!

Decir cuanto punzante tristeza y mal mismo tiempo cuanto afecto encerraban aquellas dos últimas palabras, sería imposible.

Los dos pobres rubitos, tristes ambos, dudaron un momento. Después, alejándose un nuevo gesto, casi suplicante de su tío, y sobre todo por un terminante bufido de su señora madre, desaparecieron, aunque no corriendo, en dirección de la orilla.

—Ya se sabe que no los queréis, dijo entonces Cesarina con aire avinagrado; pero es inútil demostrárselo así a esos pobres chiquillos.

Pedro no respondió. Cerró los ojos y llevó la mano a su corazón como para contener una repulsa o un dolor cruel.

Después tomando un azadon de un rincón:

—Voy a trabajar en nuestro jardín, dijo sencillamente.

Y salió.

#### III.

Viendo alejarse al pobre pescador, Cesarina hizo un movimiento de hombros, un gesto....

Yo presentía un drama campesino...

Seguí a Pedro y desde lejos, oculto detrás de un arbusto, observé.

Pedro llegó a un pequeño cercado de legumbres situado hacia los confines de la aldea, y efectivamente hincó el azadon; pero casi al mismo tiempo volvió a ponerse derecho, aunque con la mano apoyada siempre en el mango, y se puso a mirar de una manera extraña a cierta casita cuyo techo humeaba a algunos pasos de allí, y una de cuyas ventanas estaba enteramente entapizada por las floridas ramadas de un rosal trepador.

A esa ventana era donde se dirigían únicamente las miradas del marineró.

A través de la movable cortina de verdura, percibí la sombra de una mujer.

Inmóvil como una estatua, Pedro Aubert permaneció allí hasta cerrar la noche, hasta que la última estrella apareció en el firmamento.

Después, con el azadon a la espalda, tomó a paso lento el camino de la aldea.

IV. Pero en el momento en que, por decirlo así, se arrancó del campo, oí distintamente el suspiro desolado de un corazón sin esperanza.

Al día siguiente por la mañana saliendo de misa vi a Pedro Aubert en el umbral de la iglesia.

Con una mano tenía las de los dos niños, la otra mojada en agua bendita, estaba silenciosamente estendida hacia una joven que próxima a salir iba a pasar por delante de él.

Era una dulce y hermosa criatura. Tenía la tez de un blanco mate, aunque no era mas que una aldeana, ojos negros, pudicamente incluídos hacia el suelo, sonrisa angelical, y aun cuando parecía tener treinta años conservaba aun en su frente el casto sello de la virginidad primitiva.

Cuando sus dedos se encontraron, ambos sintieron un estremecimiento, un relampago.

¿No era aquella la sombra que había visto la víspera por la noche al través del rosal?

V. Algunos momentos después ya no me quedaba duda alguna.

La mar subía temprano aquella día: los pescadores se dirigían a sus lanchas.

Pedro Aubert partió el primero; pero tomando el camino mas largo pasó por delante de la casita del rosal.

Una flor cayó a sus pies.

La recogió vivamente, la ocultó en su bolsillo, como un ladrón que acaba de robar un tesoro, y huyó.

VI. Por la noche, cuando las lanchas abandonaban el muelle, vi aun, porque siempre estaba en acecho, un pañuelo blanco que ondeaba en la ventana de que os he hablado.

Pedro Aubert estaba de pie en la popa de su lancha, fijando los ojos en la casita.

Hubiera podido conocerla inmediatamente interrogando a un villervillés, sobre todo a una villervillesa y quizá también a Cesarina.

Pero por impaciente que me hiciera la curiosidad, me dije:

—Esperemos. Nada quiero saber sino por boca del mismo Pedro.

Quince días después estaba una noche



con mi huésped á bordo de su lancha. La noche adelantaba espléndidamente estrellada. La calma era profunda, la mar estaba inmóvil. El grumete y el marinero dormían en su camarata, esperando que la llegada de la brisa les permitiera tender las redes. Pedro, que ya era amigo mío, vino á sentarse á mi lado sobre una vela y tomó la palabra en estos términos, con corta diferencia, pues quizá no pueda yo conservar á su narración el delicado aroma de su tierna sencillez.

## VII.

—¿Deseáis saber por qué no estoy alegre? Es bien sencillo, y quizá os haga sonreír. No importa. Oid.

—Amo á María! Tenía necesidad de decirlo? ¿Cómo hemos sentido ambos este amor? Porque éramos muy pequeños aun cuando nos queríamos ya. Creciendo nosotros, ese amor creció también. Siempre nos encontraban juntos en la misma vereda, junto al mismo arbusto. Primeras palabras, primeros juegos, primeras lágrimas, primeras sonrisas, todos nos fué común. Cuando permaneciendo largo tiempo pensativos y uno de nosotros tomaba de pronto la palabra, el otro no dejaba de exclamar: «¡Estaba pensando en eso mismo!» Siempre creí que teníamos el mismo espíritu, la misma alma! Añoramos hoy en la aldea que son del mismo parecer. Hicimos nuestra primera comunión el mismo día, al mismo tiempo, y el uno al lado del otro; mirad: estas cosas ligan mucho más. Cuando empecé á ir al mar, nunca salí sin que ella rezara en la cruz de la playa, y nunca volví sin que ella se metiera en el agua hasta la cintura para salirme al encuentro mas aprisa. Entonces la tomaba yo en brazos para volver á tierra, y nos abrazamos riendo. ¡Oh, si! hemos sido muy felices cuando niños. ¡Dios mío! ¿por qué no fuimos siempre pequeños?

Sin embargo nuestra juventud fué buena: el invierno juntos siempre en la velada, en la primavera á cojer fresas, en verano á la siega, en otoño á buscar avellanas! Y los días de reunión! ¡Cuántas veces hemos bailado Marieta y yo! ¡Cuán dulce era la vuelta por la noche á través de los campos iluminados por la luna! ¡Qué risueñas promesas para el porvenir, qué esperanzas de paraíso, qué hermosos sueños!

Llegó después la hora del casamiento... No habíamos pensado en ello ni uno ni otro. ¡Oh, no! ¡Fé mia! ¡No teníamos prisa! Éramos tan felices así! Pero los demás pensaron por nosotros, y el señor cura uno de ellos.

—¡Vaya! nos dijimos María y yo. ¿Qué nos importa eso á nosotros? No podemos amarnos más. La cosa, á pesar de todo, presentaba sus dificultades. La madre de María era rica, yo no. Además era huérfano. Mi hermano mayor Cesario era quien me había criado. Ese sí que era un buen corazón, un buen hermano! El fué quien con el señor cura abordó francamente la cuestión respecto á la madre de María.

—Yo había jurado que mi hija se casaría con algun tan pudiente como nosotros, respondió ella. ¿Pero cómo quereis que cumpla la promesa hecha á mi dinero? ¡María y Pedro se quieren tanto! ¡Y tenía razón la vieja.

## VIII.

Esta última frase arrancó á la garganta de Pedro un sollozo, á sus ojos una lágrima.

Pero era fuerte el buen marinero. Apenas tuve tiempo para apretarle la mano y ya tomó su imperio sobre sí mismo y el hilo de su narración.

—Juzgad si estamos contentos Marieta y yo, y también mi hermano Cesario, y el señor cura, y toda la aldea, porque todos nos querían. ¡Es uno tan bueno cuando ama!

Hubo gran fiesta y después vinieron los contratos. Hermoso día fué también aquel. ¡Ay! ¡Debía ser el último!

Era entre semana y naturalmente no había ido yo á la mar. Cesario quería también quedarse; pero Cesarina exigió que se marchara. Hay quien la ha acusado

por esto, diciendo que trabajar en día de fiesta trae desgracia.

El día pasó bien. Al llegar la noche se cubrió el cielo de nubes. Había tempestad; pero nosotros no pensábamos en los que estaban en alta mar. ¡La felicidad lo vuelve á uno egoísta! Estábamos bailando cuando de repente se oyó un trueno... y gritos.

—¡Una lancha en la costa... en peligro... la lancha de Cesario!

Yo estaba ya en la playa.

¡Qué tempestad... Jamás... no, jamás memoria de hombre recuerda otra igual!

Hice cuanto se puede hacer, caballero. Tres veces consecutivas me arrojé al mar, que estaba furioso. Retiráronme herido, sin conocimiento, medio muerto. Pero no...

—¡Ah! ¡No era yo quien debía morir!

Era Cesario.

Cuando volví en mí él estaba allí, tendido, ensangrentado sobre las rocas y conservando algunas fuerzas tan solo para decirme:

—Pedro, sé hermano de mi mujer; sé padre de mis hijos!

—Cesario, respondí, te lo juro!

Al menos murió tranquilo.

## IX.

Bien comprendereis, señor, que este suceso suspendió todos los preparativos de boda.

María y yo nos habíamos dicho: ¡hasta luego!

Al entrar en casa abracé á los hijos de mi hermano... á mis hijos.

Di la mano á Cesarina.

Era lo mismo que si todos los escribanos del mundo se hubieran hallado presentes.

Seis meses pisaron así.

Volvíase á hablar de matrimonio. Pero, no sé por qué, sin duda por un secreto presentimiento, no me atrevía á decir una palabra, ni á Cesarina ni á la madre de María.

Esta fué la que me interrogó la primera.

—Pedro, me dijo, ¿habéis adoptado los hijos de vuestro hermano?

—Sí, tía Juana.

—¿Y su mujer también?

—Sí, tía Juana, también su mujer.

—¿Lo que se llama adoptar?

—Enteramente.

—¿Entonces vuestra intención es no abandonarlas?

—Tía Juana, lo he jurado á mi hermano moribundo.

Hubo un momento de silencio. ¡Yo tenía el corazón bien oprimido!

—Escucha, Pedro, repuso la vieja. Estoy muy lejos de oponerme á que entregues á la viuda y á los huérfanos una parte de tu pesca, una parte tan grande como te aconseje tu corazón. Ya ves que no es el interés el que me hace obrar así, pero conozco á Cesarina. ¿Dejar ir á mi hija á su casa ó ver instalarse aquí á Cesarina? ¡Jamás!

Esta última palabra abrió un abismo á mis pies. Yo también conozco á Cesarina. También yo comprendo ahora que era imposible.

—Tía Juana, balbuceé sin embargo.

—Yo no me opongo á vuestro matrimonio, repuso con tanta solemnidad la vieja aldeana. Te digo la condición que pongo á él: eso es todo. Sabes que no tengo mas que una palabra, pero tampoco mas que una voluntad.

En cuanto á eso, señor, todos lo saben, una verdadera mujer antigua. ¡Caramba!

—Decide, pues, de tu suerte, continuó, y de la de mi hija.

Levanté la cabeza: María estaba allí mirándome fijamente.

Era preciso ser perjuro ó perderla para siempre.

¡Oh, señor! Yo no concibo como se puede sobrevivir á semejantes momentos. Me zumbaban los oídos como si tuviera calentura, veía luces rojas y azules, me ahogaba, mi cabeza, mi corazón mi alma, todo parecía que iba á estallar á la vez.

—Pedro, me dijo la tía Juana, es preciso que respondas. ¿Quieres quedarte solo á nuestro lado? Escoje.

Abri los labios para gritar:

—Con vosotras...

Pero las palabras se me helaron en la garganta.

En el momento en que me decía: Daré á los chicos dinero, á Cesarina también me pareció que veía levantarse delante de mí á mi hermano, pálido ensangrentado, como en la noche de la tempestad, pero triste ahora, descontento y murmurando en tono de queja. No era eso lo que me habías prometido Pedro: no, no... ¡no era eso!

Entonces hice un esfuerzo supremo sobre mí mismo, un esfuerzo que hubiera debido matarme cien veces en vez de una, y con voz firme respondí:

—Tía Juana..., ¡lo he jurado!

Y como un ébrio, como un loco, me escapé á todo correr.

## X.

Sin embargo; en mi delirio había sentido la mano de María estrechar mi mano: había oído la voz de María murmurar:

—Bien, Pedro, bien!... Eres un hombre honrado.

Durante un año entero repetí esta palabra, que era para mí la esperanza, si no la promesa, de que María enternecería algun día á su madre, de que tal vez encontraría un medio de ponerse de acuerdo.

Esto me lo decía yo; pero trataba de no encontrar á María. En esa época éramos muy jóvenes aun, ¡y yo sufría tanto!

Para recobrar valor miraba á mis hijos, los abrazaba, los adoraba.

¡Ay! No tenía ya nadie mas que ellos á quien amar.

Había momentos en que me asaltaba la loca idea de rechazarlos, como la causa viva de mis pesares, como el obstáculo insuperable á mi felicidad.

¡Pobres niños! Bien pronto volvía en mí y me recordaba mi deber.

¡Ah, señor! Tengo el orgullo de haberlo cumplido religiosamente, y mi hermano Cesario, que está arriba, debe estar contento de mí.

—No es verdad, señor, no es verdad? Vos lo habéis visto. Para Cesarina soy un hermano como pocos; para los huérfanos soy un verdadero padre.

Los amo doblemente, según creo, porque son hijos de Cesario, y porque son el recuerdo sin cesar presente de mi eterno dolor.

Pero, volvamos á los primeros días; á los días que siguieron á aquel en que hui de la tía Juana, al tiempo en que María y yo no nos habíamos vuelto á hablar aun.

¿Cuántos meses se pasaron así? No sabré decirlo: no tenía sensación ninguna; me había vuelto casi un idiota.

—Mi pobre corazón empezaba á calmarse, á adormecerse con el tiempo.

Pero hé aquí que de pronto llega hasta mí un rumor:

«¡María va á casarse!»

¡Oh, cómo comprendí entouces que la amaba siempre!

Entonces la busqué. Quizá por su parte me buscaba también: esta doble necesidad de verse no tardó en ponernos frente á frente una noche en el camino de Trouville.

¡Oh! no tuve necesidad de hablar. Le yo mi pregunta en mis ojos y ella misma me respondió:

«¡Era verdad!»

—Pedro, añadió vivamente; Pedro, soy tu prometida; y mientras tú mismo no me digas: cástate con Santiago, permaneceré soltera. Pero mi madre me lo suplica, mi madre está muy vieja, muy enferma. También yo tengo un deber que cumplir.

Un grito de desesperación me escapó.

—Pedro, exclamó María llorando, te amo! Pedro, tú no puedes dudar, te amaré siempre. Pero no puedo por tí dejar morir á mi madre.

A esta exclamación de su sacrificio, no menos doloroso que el mío, hubiera debido caer á sus pies, consentir en lo que imploraba, decirle yo mismo: ¡Resignación y valor!

Pero no, no; mi cabeza se perdía... rompí en duros reproches, en odiosas amenazas.

—Mal hecho, murmuró dulcemente María. Es muy mal hecho. Pero no puedo guardarte rencor, pobre Pedro, porque el exceso de tu amor es el que habla por tí en este momento. Pronto te volverá la razón, lo espero, y con ella una respuesta mejor.

Y me dejó sollozando á la orilla del camino.

## XI.

En efecto, durante los días siguientes reflexioné. No pudiendo casarme con María, ¿tenía derecho para impedir su matrimonio con otro, para suministrar un golpe á la hija en el aislamiento, á la madre en la tumba?

Por otro lado, conocía que todos los que me rodeaban veían mi conducta y la juzgaban mal. No se reunían conmigo en la aldea: se miraba con aire de reconvencción: las manos no se me tendían como antes buscando la mia.

## XII.

Hubo algunos que hablaron sobre esto; unos en tono de compasión, otros por mera inclinación á la crítica burlona.

—Es muy duro, Pedro, le comprendo, me dijo un día el decano de los pescadores. Puro en fin ¿qué quieres? Es preciso pasar por ello... ¡Es preciso ser hombre!

Otra vez, estando yo atracando mi barca á la playa, varias mujeres murmuraron con voz significativa:

—¡La tía Juana está muy mala y esta noche estará peor!

Hasta mi marinero al día siguiente hallándose algo achispado se atrevió á zaherirme.

—Sois como el perro del hortelano... patron... porque vos no comeis, no es una razón para no dejar comer á las demás.

Llegó al fin el turno al señor cura, quien me exhortó paternalmente con la santa autoridad de la religión.

—No me atrevia, no queria, no podía aun! Pero Cesarina se mezcló también en esto.

—No, habrás cumplido la palabra que diste á tu hermano, me dijo, ni seras verdaderamente el padre de mis hijos hasta que tú mismo no hayas obligado á María á casarse con otro.

—¡Oh! señor, esto me decidió, en ese momento me decidió. Hay momentos crueles en la vida en que parece tiene un gusto en herir á su propio corazón, ya bastante herido, en que á fuerza de haber sufrido se acoge con loca alegría cuanto puede hacernos sufrir mas. ¡Nadie lo esperaba!

Me resolví á dejar á María en completa libertad. ¿Pero cómo darle á conocer mi resolución? Verla, hablarla, era muy superior á mis fuerzas.

—¡Escribámosle! me dije.

XIII.

Con esta intención compré papel de cartas, me encerré en mi cuarto y puse manos á la obra.

Aunque apenas sabía escribir, había tantas cosas que hervían confusamente en mi cabeza, que mi mano se puso á llenar rápidamente de caracteres groseros las cuatro páginas.

—Bien, bien! murmuraba yo. No es tan difícil como yo creía. Esto marcha bien!

Pero cuando repasé mis borradores, noté con asombro que no era aquello lo que hubiera querido decir. ¡Oh! de ninguna manera.

Volví á empezar.

Otras cuatro páginas, pero lo mismo que las primeras, no eran la expresión de mi sentimiento, mi deber.

—Borrremos lo que está demás, me dije: en seguida veremos lo que ha de quedar.

Y leyendo por segunda vez, después de cada frase me detenía un momento, y muy pronto la hacia desaparecer bajo una gruesa línea. Por fin de cuentas, tanto borré, que de las cuatro páginas vino á quedar esta sola frase:

«Cástate con Santiago.»



¡Ay! No era esto todo lo que tenía que decir?

(Se concluirá.)

Por copia.

E. PASCUAL.

## APLICACION DE LA ELECTRICIDAD

### A LA ESPLOSION DE LAS MINAS.

Mr. Th. du Moncel describe el aparato de que se ha servido de la manera siguiente:

«Habiéndome pedido los empresarios del puer- de Cherbourg, les organizase un sistema de es- plosion para las minas, que fuese económico, fácil, y sobre todo cuyos elementos pudieran fabricar fácilmente los artesanos de provincia, pensé desde luego en sustituir a la acción fí- sica la mecánica de la electricidad, a fin de que los aparatos pudiesen marchar con pilas de Daniell, pilas que se sabe conservan su acti- vidad meses enteros sin que haya necesidad de tocarlas, y cuya gusto es insignificante. Hi- ce pues construir aparatos, por medio de los cuales se pegaba fuego a restos de pólvora con una pajuela química que tenía que moverse por la sola influencia de la corriente. Con este sistema pude obrar a distancia considerable con alambres muy delgados, y si convenia no aislados, y alcancé la ventaja de actuar en cuantas minas fuese necesario, pasando la cor- riente de un aparato a otro. No costando por otra parte estos aparatos mas que dos francos cada uno, era en realidad económica su apli- cacion, sobre todo tratándose de trabajos que son de uso particular en las minas.

Mas no se trataba de esto: la cuestion se reducía a producir completa simultaneidad de es- plosion en minas inmensas, cada una de las cuales contenía 4.000 kilogramos de pólvora; pues todo el ventajoso resultado de esta espe- cie de volcanes, que por lo demas no ejercen su efecto mas que subterráneamente, depende ante todo de la simultaneidad de acción de las conmociones particulares causados por las es- plosiones. Tuve pues que desistir de mi siste- ma primitivo por lo tocante a esas minas, y valerme del método de los Sres. Ruhmkorff y Verdú, modificándolo algo para aplicarlo mas segura y fácilmente.

Si se tiene en cuenta que las enormes mi- nas de que acabo de hablar, y que general- mente son explotadas seis u ocho a la vez, cues- tan cerca de 15.000 francos, y que de su buen ó mal éxito puede resultar la pérdida de esta cantidad ó un lucro considerable, se compren- derá que debía valerme, no tanto de un siste- ma de inflamacion económica é ingenioso, teó- ricamente hablando, como de un sistema in- falible. En lugar pues de obrar en las seis ó ocho minas no empleando mas que un solo círculo, preferí dividir las en grupos de á dos, y recurrí a tres ó cuatro circuitos. Aun mas: como por razones que explicaré posteriormente, temí un aislamiento insuficiente de los alam- bres, suprimí la comunicacion por el suelo.

Con esta medida, recomendada por la pru- dencia, me quedaba reducido el problema a obtener la simultaneidad de es- plosion al tra- vés de esos diversos circuitos, pues el medio indicado por Verdú no me parecia suficiente. Para conseguirlo recurrí a un conmutador de rotacion, que consistia principalmente en una gruesa rueda de gutta-percha puesta en movi- miento por un resorte de péndulo, y cuya cir- cunferencia llevaba cinco placas metálicas se- paradas entre sí por un intervalo de dos cen- tímicos poco mas ó menos. Sobre esta cir- cunferencia se apoyaba un frotador, que por medio de un gancho y un alambre estaba en relacion con el de los palos del aparato de Ruhmkorff, que suministra la chispa a distan- cia. Las mismas placas comunicaban por me- dio de las planchas metálicas aplicadas en las dos superficies planas de la rueda, con cinco resortes frotadores puestos en relacion por los ganchos con los alambres del circuito. Por úl- timo, un tope destinado a sostener el resorte cuando estaba tendido permitia soltar, en un instante dado, el movimiento de la rueda. El juego de ese aparato es fácil de concebir: al entrar la rueda en movimiento, presentaba su- cesivamente al frotador-conmutador las dife- rentes placas de su circunferencia; mas como por sus relaciones con los demas frotadores se encontraban en comunicacion con los diversos circuitos, la corriente iba sucesivamente de un

círculo a otro en un momento de tiempo in- apreciable.

El problema por lo tanto habria podido re- solverse simplemente por medio de un con- mutador de simple rozamiento, que hubiese consistido en una faja de gutta-percha que lle- vase incrustadas cinco placas metálicas en re- lacion con los circuitos, y contra la cual hu- biese rozado vivamente una placa de resorte puesta en comunicacion por medio de un alam- bre con el aparato de Ruhmkorff: mas con este conmutador la simultaneidad de acción de la corriente habria dependido de la des- treza del que hubiese manejado el resorte.

Por otra parte, si la acción eléctrica no hu- biese bastado para inflamar las minas situadas en uno de los circuitos, hubiera sido preciso volver a principiar la maniobra del frotador conmutador. Tal vez se habria descuidado, ó por lo menos retrasado esta acción, mientras que con el conmutador de rotacion la rueda efectua un número de vueltas suficiente para inspirar seguridad de que si uno de los cir- cuitos no obra en una de las primeras vuel- tas, no dejará de obrar a la segunda ó a la tercera, supuesto que el movimiento de la rueda disminuye progresivamente. Por otra parte, un conmutador mecánico tiene su marcha calcu- lada é invariable; puede experimentarse anti- cipadamente, y al emplearlo no hay que temer ni la demasiada lentitud, ni la excesiva preci- pitacion en el obrar.

No es necesario decir que en el caso de emplear un conmutador de rozamiento seria preciso que el resorte conmutador tuviese un mango de cristal ó de gutta-percha.

Diremos cuatro palabras sobre la construc- cion de las minas de que acabamos de ha- blar. Compónese por lo regular una mina de esta especie de dos cavidades cuadradas, de la estension de 3 ó 4 metros cúbicos, cubier- tas á unos 12 metros bajo la superficie de la roca, y llenas de pólvora. Para verificar esta escavacion, los señores Dussand y Rabattu, empresarios de las obras, abrian por de pronto un pozo de 12 metros de profundidad, y de su fondo hacian partir dos galerías horizonta- les de cerca de 1m. 50 de altura sobre 5m. de longitud, y en el extremo de estas galerías es donde abren las cavidades de que hemos ha- blado.

No se derrama directamente la pólvora en estas cavidades, pues durante el tiempo que cuesta el atacar estas minas podria inutilizarse por la humedad: encierranla por lo tanto en sacos de gutta-percha herméticamente cerrados, y llevando cada cual su mecha ó cohete de es- plosion. Cada uno de estos sacos contiene 2.000 quilogramos de pólvora. Hecho este tra- bajo, y cuando las dos estremidades del cohete están adheridas a los alambres conductores cu- biertos de gutta-percha, se tabican sólidamente á cal y canto las galerías, y se rellena de tierra el pozo de bajada, de modo que las minas no están ya en relacion con el exterior mas que con los simples conductores que á su vez están sumergidos en las obras de albañilería. Esta cir- cunstancia es la que hizo desentenderme de la trasmision por el suelo. Compréndese efecti- vamente que el contacto tan íntimo del alam- bre con el revoque y con la tierra podria ori- ginar algunas comunicaciones por pocos defectos que tuviese la gutta-percha. Entiéndase que una comunicacion entre el alambre y el suelo, en el caso de entrar este por mitad en el circuito, se traduciria por una pérdida considerable de electricidad que impediria la es- plosion de la mina.

Preferí pues emplear dos conductores en vez de uno, lo cual por otra parte no me ocasionaba sino un gasto muy mínimo, su- puesto que este alambre podia ser comun á los circuitos en relacion con las tres ó cuatro grandes minas que debian inflamarse á un mismo tiempo.

Los cohetes, tal cual los hemos descrito, sean que estén preparados con sulfuro de cobre ó de mercurio, conuiminato de mercurio ó con algodón-pólvora, exigen siempre cierto cuidado en su confeccion: ademas de esto es preciso tener las materias primeras, y en las provincias las mas de las veces se carece de ellas. Si se tra- ta pues de no hacer experimentos en vago, es indispensable poder preparar los cohetes con elementos que siempre se tienen á mano, y esto es lo que conseguí con los que voy á des- cribir.

Fúndanse estos cohetes, como los demás, en

la propiedad que tienen los cuerpos de conduc- tibilidad secundaria de facilitar la descarga eléc- trica, y enojecerse con grande facilidad. Mu- chos experimentos hechos con objeto de averi- guar hasta que punto esta semi-conductibilidad facilitaba la inflamacion de la pólvora me pro- baron que esta sustancia unida con limaduras de hierro, se inflamaba al traves de una solucion de continuidad de cuatro centímetros, siendo que hallándose (la pólvora) sola no se prendia mas que a una distancia de cuatro milímetros; por lo cual me decidí á mezclar estas dos sustancias en mis cohetes, prometiéndome grandes ventajas.

Mas los inconvenientes que podian resultar de la interposicion de la limadura entre los con- ductores, interposicion que podia bastar para su- primir la chispa eléctrica, me obligaron á susti- tuirla con corcho carbonizado y hecho conductor por el ácido sulfúrico. Este método me presentó la ventaja de que encontrando la corriente un conductor en el corcho se debilitaba mucho me- nos, y yo podia anticipadamente tener seguridad de la bondad del cohete. En efecto, el corcho carbonizado goza de la propiedad de producir, bajo la influencia de la chispa de induccion que lo atraviesa, un punto de luz eléctrica, es decir, de luz radiante, ó por lo menos un pequeño sur- co rojo. Por lo tanto, si despues de haber pre- parado el cohete se hace pasar al través la cor- riente de induccion, se echará de ver en medio de la solucion de continuidad, que deberá ser excesivamente debil, un resplandor rojizo ó un punto de luz radiante.

En este caso el cohete será bueno, y si por el contrario no tuviese esta condicion, la chispa seria blanca y de forma exacta. Hé aqui el me- dio que empleé para preparar estos cohetes.

Tomé un cabo de alambre mas ó menos largo cubierto de gutta-percha; despues de haberlo plegado y trenzado, hice con un cortaplumas en la gutta-percha una abertura en su estremidad plegada, y corté con unas pinzas el alambre de cobre que habia quedado descubierto. En se- guida levanté los dos cabos del alambre separa- dos del modo que acabo de decir, é introduje por debajo con la punta del cortaplumas la película de corcho cuya superficie estaba carbonizada, y que debia servir de conductor secundario.

Afirmé con dos varillas planas los dos cabos del alambre sobre este pedazo de corcho, te- niendo cuidado de no maltratar la gutta-per- cha que cubre los dos alambres; por último, des- pues de haber ensayado este cohete compuesto del modo dicho, lo introduje en un cartucho de papel lleno de pólvora mezclada con un poco de limadura gruesa de hierro, y revolví el cohete en la pólvora hasta que llegó al fondo del cartu- cho, y no me quedó mas que hacer que atarlo al alambre para tener el cohete enteramente preparado.

Para proporcionar corcho carbonizado en bu- nas condiciones me valí del siguiente medio: Su- mergí por un instante un tapon de corcho en ácido sulfúrico concentrado. El corcho, despues de esta operacion, se ennegrece y es buen con- ductor, conservando esta conductibilidad, como lo he probado en una Memoria presentada á la Academia en 15 de febrero último, aun despues de estar completamente seco. En este estado es cuando debe ser carbonizado por la corriente de induccion. Para esto no se necesita mas que apo- yar los dos hilos conductores del aparato en dos puntos cualesquiera del corcho.

Por de pronto se ve salir de este una ancha llama roja, que luego se va trasformando y da lugar á un punto de luz radiante. En tal caso el corcho no sirve mas que para conductor secun- dario; despréndese pues la parte carbonizada, que es muy superficial teniendo cuidado de levan- tar con ella una película en tres pedazos, y es- tos son los que se colocan en el cohete, cuyo coste no pase cuando mas de 10 céntimos.

Por copia.

P. J. GELABERT Y POL.

## PALMA.

Amigos de dar siempre á los rasgos de honradez la mayor publicidad, copiamos del *Mallorquin* el siguiente párrafo:

«Siguiendo el propósito de publicar en *El Mallorquin* cuantas acciones dignas de elogio lleguen á nuestra noticia, compli-

mos con él insertando la que por conduc- to autorizado hemos adquirido. En la tar- de del 24 del actual, Diego Escudero, gastador del regimiento de Luchana, re- cogió un bolsillo que contenia 120 reales, perteneciente á un hombre que se halla- ba en completo estado de embriaguez; y acto continuo, guiado por las inspiracio- nes de su recta conciencia, fué á presen- tarlo al capitán de la guardia del Princi- pal, logrando con tan laudable proceder que dicho dinero fuese resituído á su due- ño. Este ejemplo de verdadera moralidad honra mucho al pobre soldado cuyo nom- bre hemos creído justo dar á conocer al público.»

### RECTIFICACION.

En el suelto de Palma que insertamos ayer cometimos una equivocacion bastan- te notable, pues en vez de estampar en la línea 11.ª del segundo aparte *ha logra- do evitar varias veces*, apareció impreso *ha logrado repetir varias veces*. Léase, pues, como queda rectificado y será completo el sentido del párrafo.

P. J. GELABERT Y POL.

### CRONICA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana

SAN SABINO, OBISPO Y MARTIR.

### AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Sale el sol á las ... 7 hs. 21 ms.

Pónese... á las ... 4 » 45 »

Hora en que debe señalar el reloj al medio día verdadero.

Las 12 hs. 2 ms. 39 s.

### AVISOS OFICIALES.

#### ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de día para mañana: el comandante gra- duado capitán del regimiento infantería de Lu- chana, don Antonio Mauresa.

Parada, Luchana.

Hospital, provisiones, rondas y contrarondas, el mismo cuerpo.

El T. C. S. M.—Benito de Amores.

### NAVEGACION

#### EMBARCACIONES FONDEADAS.

Día 28.

De Santa Pola en 4 dias laud Carmen, de 43 toneladas, pat. Miguel Vich, con 6 mar. y lastre.

De Marsella en 7 dias id. Concepcion, de 58 toneladas, pat. Juan Bautista Frau, con 7 mari- neros, barrilla y efectos.

De Almería en 7 dias idem San Jaime, de 64 toneladas, pat. Gabriel Covas, con 7 marineros, barrilla y efectos.

De Cullera en 5 dias id. San José, de 28 tone- ladas, pat. Antonio Roca, con 4 mar. y arroz.

De Marsella en 5 dias id. Carmen, de 47 tone- ladas, pat. Juan Marques, con 5 mar. y cebada.

#### IDEM DESPACHADAS.

Día 28.

Para Argel laud San José, de 53 ton., patron Gabriel Oliver, con 6 mar., un pasajero, arroz y efectos.

Para Barcelona vapor Mallorquin, de 155 to- neladas, cap. D. José Estadas, con 18 mar, 88 pa- sajeros, baliya y efectos.

Para Valencia laud San Cayetano, de 37 tone- ladas, pat. Pablo Ramon Martí, con 4 mar., 4 pas., trigo é id.

Para Marsella polacra goleta Tartana, de 78 ton., pat. Mr. Rubando, con 5 mar. y lastre.



# SECCION DE ANUNCIOS.

## Gran surtido DE GÉNEROS DE ÓPTICA. MATEMÁTICAS Y FÍSICA.

En el establecimiento óptico de Taylor y Lowe, situado en la Cuesta Nueva de Santo Domingo, número 54, se acaba de recibir procedente de Alemania el ya anticipadamente anunciado abundante surtido de dichos artículos, de los cuales merecen ser principalmente mencionados los gemelos para teatro de diferentes formas y graduaciones de 6 y 12 cristales de superior calidad; anteojos de larga vista de diferentes tamaños; microscopios sencillos y compuestos aumentando los objetos desde 25 hasta 4000 veces; barómetros de nueva invención llamados *aneroides* y otros *metéoros* que se distinguen mucho por su exactitud; higrómetros; máquinas eléctricas y electro-magnéticas de mucha fuerza; cosmógrafos; estereoscopos con admirables vistas sobre cristal y cartón, sacadas de los más hermosos edificios y paisajes de Italia, principalmente de Roma, Francia, Alemania, Suiza e Inglaterra; cartabones para agrimensores; cristas métricas para medir y otros instrumentos para el uso de los ingenieros y agrimensores; brújulas meridianas y relojes de sol; y finalmente un abundante surtido de toda clase de anteojos con cristales trabajados al agua y de Roca, único remedio para la conservación de la vista, los cuales se proporcionarán a cada individuo con la infalible prueba del OPTIMETRO.

Se advierte que este establecimiento se cerrará irrevocablemente el día 31 del corriente. Las personas que deseen proveerse de alguno de estos artículos, pasado este término fijado, podrán dirigirse a nuestra casa en Barcelona en la Rambla del Centro, número 17, en donde se les servirán con la mayor eficacia.

## EL ESTEREOSCOPO

Se publica en París una edición del *Estereoscopio* en castellano excepto el artículo de modas, que se insertará así mismo en francés que se destina exclusivamente para España.

El precio de la suscripción en Madrid y en las provincias, franco de porte, será de ciento ochenta reales por un año y a título de prima se regala a los suscriptores la siguiente:

Un magnífico estereoscopio prismático de caoba gran modelo de la exposición universal de París premiado con la medalla de oro de lo mejor y más perfecto que se fabrica en dicha capital su valor en Madrid.

Seis hermosas láminas estereoscópicas, á saber: dos láminas de objetos animados iluminadas al agua y que figuran completamente al natural una vista de París, una de Italia, una de Suiza, una grupos animados, su valor en Madrid.

El primer número del *Estereoscopio* que salió al empezarse su publicación.

Suma el valor de la prima. Rs. 230

El periódico saldrá de bulto lo mismo que las veinte y cuatro láminas estereoscópicas que se repartirán en todo el corriente del año y todavía tendrán los suscriptores 50 reales de beneficio.

Los abonados en España tendrán además mensualmente uno ó dos patrones de modas de señora y podrán encargarse á París por medio de la dirección ó comisiones de la edición española de este periódico todos los objetos que gusten y los recibirán francos de porte y al precio de las mejores fábricas y almacenes, sin mas comisión que un seis por ciento y el abono de los derechos de introducción.

Se suscribe en la tienda de D. Juan Villalonga y Gomez, plaza de Cort.

## LA TUTELAR.

Se avisa á los suscriptores de esta compañía que los recibos de anualidades pagaderos en fin del presente mes se hallan en poder del banquero de dicha compañía don Gregorio Oliver que vive en la travesía de la cuesta de Ambrós á la de Danús, núm. 9, á donde podrán pasar á recoger y pagar dichos recibos todos los días no festivos, desde las diez de la mañana á las dos de la tarde que tiene abierto su despacho.

Al propio tiempo es satisfactorio poder manifestar á todos los suscriptores en general, que siguiendo esta compañía su constante desarrollo reúne en el día mas de trescientos treinta y dos millones de capital suscrito, repartido en mas de cuarenta y tres mil suscripciones, á cuyo capital no alcanza ni con mucho ninguna otra compañía de su clase.

## ARTICULOS DE LUJO Y UTILIDAD PROPIOS PARA REGALOS.

En el establecimiento de Mr. Bach, situado en la Cuesta Nueva de Santo Domingo, núm. 63, se encontrará un gran surtido de estos, como son: elegantes aderezos para señoras, ricas sombrillas, paraguas, abanicos de nacar, neceseres, porta-monedas y pelucas de capricho, paletós, pantalones, botas y zapatos de goma y otros muchos géneros.

Se venderán al por mayor y menor hasta el día 2 del mes que viene, pasado este término, las personas que deseen proveerse de algunos de estos artículos, podrán dirigirse á nuestra casa en Barcelona: Mr. Bach padre é hijos, calle de Fernando VII, núm. 37 y calle de Avión núm. 5.

## LA COMERCIAL.

Queda abierta la suscripción á cedulas de la rifa de géneros nacionales, concedida por el gobierno de S. M. á don Agustín Feliu, en casa del comisionado en esta provincia don Gregorio Oliver, calle Travesía de la cuesta d' Ambrós á la de Danús, quien facilitará el prospecto al que desee enterarse de las bases bajo las cuales debe llevarse á cabo.

PISO PARA ALQUILAR.—Hay un segundo en la calle del huerto de las Monjas de la Misericordia, número 15, casa nueva, el cual reúne grande y proporcionada habitación. Informarán en la tienda de ropas de la misma casa.

PALOS PARA ALMENDROS.—El que quiere comprarlos de varias clases, de buena calidad y baratos, los encontrará en las Enramadas, en la taberna de José de Comasema, número 508.

## GRAN BARATO DE ROPAS HECHAS. EL AGUILA,

Bazar de sostería en las casas de D. Jaime Moragues, frente el Teatro principal.

El dueño de dicho establecimiento en vista del esquisito gusto que va tomando esta Capital y deseoso de corresponder á las elevadas aspiraciones de sus habitantes, tiene dispuesto todo lo necesario para que su establecimiento en esta ocupe el mismo rango de los que tiene en Madrid, Barcelona, Sevilla y Cádiz, únicos en su clase en la península española. Para su pronta y acertada realización, y á fin de que sea todo digno de la empresa por su novedad y elegancia, ha determinado efectuar el gran barato que se anuncia del gran surtido de prendas propias para invierno que existen en el referido Bazar, las cuales se proporcionarán á los compradores con un quince por ciento sobre los precios que hasta aquí habían regido en el espresado establecimiento.

La gran rebaja que se indica resulta en la proporción que sigue:

Los paletós castor y edredón muy bien acolchados y farrados de seda que estaban á 250 reales se han bajado á 200.—Los id. de paño negro muy bien acolchados de 180 á 150 rs.—Los idem, idem, idem de 140 á 120.

Capas madriñeas, cumplidas, con vueltas de terciopelo, de 400 rs. á 300.

Los paletós de abrigo de 120 rs. á 90.

Batas, las hay de tartan para lana de 70 rs. una á 100.

Raglanes de pátén pella muy bien forrados de 120 y 140 rs. nno.

Chubasqueros de 120 y 140 rs.

Chalecos satén lana muy bien forrados y acolchados de 20 rs. uno á 32 y así sucesivamente todas las demas prendas que por su solidez, elegante corte y rica construcción, resultan en gran beneficio y economía para los compradores.

EN LA CADENA DE CORT, MANZANA

1.ª número 4, casa zaguan, hay para alquilar cuatro pisos con toda comodidad y aseo; las personas que gusten verlos podrán pasar en la librería de Pedro José Garcia y darán razon.

## LIMPIA BOTAS.

calle de Santo Domingo, número 31.

Queda abierto al público un salon perfectamente adornado al estilo del Continente para limpiar y encharolar botas y zapatos al infimo precio de tres cuartos.

En dicho establecimiento hay un gran surtido de botellitas de tinta para charolar, dar lustre y tambien para escribir.

El mismo dueño se ofrece al publico para los señores que gusten que pase á domicilio.

RETRATISTA.—Solo permanecerá por algunos dias en esta capital, vive en la plaza del Bano del Oli, número 26, piso primero.

## EL PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Los señores suscritores que no hayan satisfecho la presente anualidad, se servirán pasar á verificarla en esta Sub-Dirección sita en el Borne, número 15, donde se retendrán los respectivos recibos hasta el día 31 del presente mes; pasado este término serán devueltos á la dirección general.—El subinspector encargado de la subdirección principal de esta provincia, Miguel Benimelis y Rosselló.

## A LOS SEÑORES ABONADOS AL TEATRO.

Desde 1.º de enero próximo los que quieran dejar sus gemelos en la guardapía podrán verificarlo mediante la retribucion de cuatro reales vellón al mes, debiendo llevar el nombre y apellido de su dueño.

## TEATRO.

La funcion de mañana se anunciará por carteles.

## IMPRENTA Y LIBRERIA DE PEDRO J. GELABERT.

Pas d' en Quint n.º 74 y Plaza de Cort n.º 38.

SE VENDE

## CALENDARIO

ALMANAQUE RELIGIOSO, INSTRUCTIVO, CRONOLÓGICO, HISTÓRICO, PROFÉTICO, ASTRONÓMICO, POPULAR Y DE ECONOMÍA.

PARA LAS ISLAS BALEARES  
MALLORCA, MENORCA E IVIZA,  
CORRESPONDIENTE AL AÑO DE

1858,

Dispuesto con arreglo al Meridiano de Palma, aumentado con una multitud de curiosidades que sirven de recreo y entretenimiento. Adornado CON 15 GRABADOS que representan varios objetos.

## Agenda de bufete O LIBRO DE MEMORIA

Diario para 1858, con varias noticias.

Un tomo en folio.—Precio: 10 rs. encartonado.

Imprenta de Pedro José Gelabert, editor responsable.

Por el Editor  
P. J. Gelabert